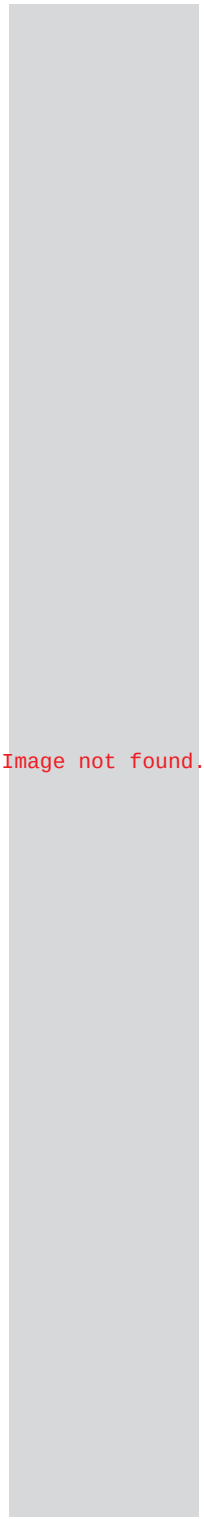
LA PAGINA 19

Sergio Dantí



Capítulo 1

LA PÁGINA 19

I

No parecía haber problemas con esa página. Había sido impresa en los Talleres Resplandor, de Barcelona, en octubre de 1999, haciendo el depósito que marcaba la ley. Era una hermosa página 19 y estaba contenta de serlo.

Durante muchos años había vivido feliz su íntimo contacto con la 18, perfectamente ensambladas y exactamente adaptadas, como cortadas por la misma cizalla, sin polvos ni ácaros papirófagos que hubieran venido a turbar su plácida tranquilidad de papel de 90 gramos.

El libro fue extraído de la biblioteca en un día húmedo y ella comenzó a sentir la excitación de la probable luz. Hasta ahora, sólo la había intuido, como de reojo, por sus bordes apretujados. Con las otras páginas a veces imaginaban que el advenimiento de la Iluminación habría de ser una experiencia increíble, suprema, orgásmica… Las últimas páginas no se entusiasmaban mucho… Como ellas mismas comentaban, con un dejo de pesimismo "¡Según como sea el libro, a nosotras nunca nos toca!!" Pero la página 19, no. Ella se sabía cercana al principio y era consciente de que tenía más posibilidades de ser abierta que las otras páginas, mas alejadas. Y ahora sabía, o presentía, que ya no faltaba demasiado. Ordenó bien sus letras, alineó perfectamente sus renglones y temblorosa de excitación fue vislumbrando la claridad que comenzaba a filtrarse a través de la cada vez más delgada capa de páginas que la ocultaban de los escrutadores ojos del ignoto lector.

El momento llegó. Se aprestó a recibir la sensación de los colores, que no existen sin luz. La página 17 fue girada con un estertor de placer y la luz la iluminó de lleno. Se supo blanca aún. Pese a los años que llevaba de espera, no amarilleaba tanto como otros libros de la biblioteca. Relució con plenitud y esperó. Aún faltaba que el humano acabara de leer la 18 para poder sentir el cosquilleo de los ojos lectores en sus letras.

Mientras esperaba, se vio en un recinto luminoso y frío, de baldosines blancos que inmediatamente identificó como un baño. Un olor poco agradable y profundamente biológico impregnaba su celulosa, un poco reseca por los años pasados en la estantería. Un desconocido de manos tibias sostenía el libro y repasaba las letras con aire concentrado. Ya estaba acabando la 18... ahora sí, llegaba su momento... Con un mínimo movimiento de cabeza el lector abandonó la 18 y comenzó a leerla. A ella.

Sintió un increíble cosquilleo al percibir que esos ojos penetrantes acariciaban cada una de sus letras. Y cada letra tuvo la instantánea sensación de ser parte de un algo mayor, más significante. Y cada grupo de letras, también. Era como una sensación cósmica, de unidad en lo absoluto, en otros significados… Vivió el paso de renglón a renglón como un placer, reiterado por lo imaginado, aumentado por lo acumulado...

De repente, al llegar al punto y aparte que daba paso a ese espacio blanco y luminoso, del que ella se sentía orgullosa, dejándole solo ocho renglones para continuar en la 20, el lector se detuvo. El libro fue colocado sobre una superficie fría y más blanca que ella, como de piedra o vidrio, que enseguida comprendió lo que era, doblado muy forzadamente en todas las paginas anteriores, la 18 chafada contra la dura loza vidriada del bidé y mantenida en esa posición por el peso del libro, doblada hasta el máximo que le permitía la tapa de cartulina flexible y quedó, cara al cielo, abierta, expuesta a la luz, mientras oía un ruido de aguas cayendo cataráticamente. Luego el lector que se levantaba, componía su aspecto y salía del cuarto de baño.

Se quedó como atontada... Pasaron diez minutos y aún no había salido de su asombro... ¿Por qué a ella? De entre todas las páginas posibles en que podía haber dejado el libro abierto... de las 96 páginas escritas... ¿Por qué justamente le había tocado a ella? Estaba abierta, expuesta, al aire, sola, levemente levantada aireando y semiiluminando las páginas siguientes.

Hasta sus letras comenzaban a sentirse incómodas y a generar una cierta intranquilidad química en la tinta que teñía su absorbente celulosa. Era una incomodidad vivificante para algunas, fastidiosa para otras. Las mayúsculas, que eran las más decididas, quejosas y desvergonzadas, fueron las primeras en reaccionar.

"¡Qué bien, no? ¡Justo a nosotras! ¡Venga! ¡A oxidarse al aire! ¡Mira que tenia páginas para dejar así!”. La sensación de un orgullo mayúsculamente ofendido se desprendía de sus quejas, que comenzaban a transformarse en un murmullo constante. Hasta las minúsculas comenzaron a animarse.

"Lo único que falta es que se nos ponga una mosca encima!" dijo una jota minúscula, entusiasmada por aquel punto divertido que los jóvenes siempre encuentran en las quejas de los mayores. Raro, porque habitualmente las minúsculas no hablaban si no era que alguna mayúscula les preguntaba algo, o las incitaba a expresarse. Con evidente molestia, las mayúsculas a coro comenzaron a quejarse... "¿Para qué habla? ¡Pero... qué se ha creído! ¡¿No sabe que nombrar la desgracia es llamarla?! ¡Si hablaran sólo cuando se les pregunta...!"

Como si las hubiera oído, y para gran satisfacción de las quejosas y bochorno de la pobre j minúscula, una mosca de regular tamaño, se posó

sobre el margen derecho, frotando sus patitas anteriores y peinando quien sabe que invisibles pelos de su cabeza, y comenzando luego una serie de nerviosos paseos a lo largo y ancho de la página, haciéndole crecer una sensación de cosquilleo insoportable, que iba de lo molesto para algunas letras hasta lo repugnante para otras, normalmente las ya mentadas mayúsculas, que se han tenido casi siempre por ser las ostentadoras de la dignidad literal. Muchas de ellas, se jactaban de haber tenido un bisabuelo gótico, con líneas de diferentes grosores atravesando toda su literalidad y delgadas gotas góticas colgando que adornaban sus extremos. Incluso comentaban con admiración la cantidad de líneas que las cruzaban simplemente por adornarlas, y que no tenían otra función que la de demostrar al mundo que les sobraba tinta para lo que quisieran, hasta hacerlas casi incomprensibles de tanto exceso. Las mayúsculas siempre se miraban a sí mismas en el espejo de sus antepasadas, y hasta creían notar, en sus prácticas y nítidas líneas de ariales o verdanas, levísimas reminiscencias del esplendor y exceso de sus góticas ascendientes.

Los milimétricos y millonésimos pelillos de las patas de la mosca, rozaban sus vírgenes cuerpos, sus superficies hechas tan solo para sentir el inexistente tacto del ojo distante, o a veces, como se comentaba que hacían algunas jóvenes sensibles, para recibir la suave caricia de sus frágiles dedos sobre algún párrafo que las hubiera hecho soñar… Habían oído que eso podía suceder una o dos veces en la vida de algún libro de significados increíblemente esenciales, aquellos que desentumecían los mas sensibles corazones femeninos y las llevaban a la generosa sensación de que al acariciar el papel y las letras y la frase y el libro, acariciaban las imágenes de su mente, sus propios sueños o hasta, quien sabe, al autor de tan poderosas fragilidades. Era el secreto anhelo de cualquiera de las letras impresas en un libro, que se sabían condenadas a existencias que transcurrirían centenarias y estáticas, con la única excepción de esos pocos instantes de luz que les harían comprender quiénes eran, por qué vivían, es decir, para qué habían sido creadas y, en definitiva, cual había sido su misión en la vida. Era el instante de la Iluminación, que, en el caso de ellas, se correspondía con la magia de la irrupción de la luz en el momento en que la página se abría sorprendida y exultante.

Nada de eso preocupaba a la mosca. Su trompa, repugnante ventosa que se estiraba para probar y quizás succionar cualquier sustancia que le pudiera parecer apetitosa, se iba posando sobre algunos momentos del papel, tocando a veces algunas letras, que se sentían reventar de una mezcla de cosquillas y aprensión al ser rozadas por el repugnante adminiculo de tan desagradable bicho. Afortunadamente, la mosca no pareció encontrar nada demasiado comestible, y no demoró mucho en abandonar la insistencia de las prospecciones de esa trompa húmeda y rara.

Arrebatada por quien sabe qué imágenes de malolientes basuras y pútridos deshechos que pudieran estar dando vuelo a su patética ambición

de insecto, se paseaba tranquilamente por la página, con ridículas carreritas breves y súbitos altos para frotar sus miles de ojos inútiles, sólo atentos a esquivar los golpes de los pacientes rabos de las vacas o las mucho mejor ideadas colas asesinas de los caballos con sus cientos de peligrosos látigos que podían aplastarla contra su sudorosa y perfumada pierna.

"¡Tantos ojos, para nada!", comentó, molesta, una dignísima D mayúscula la que iniciaba uno de los últimos párrafos, que aún no había sido leída y sentía un anhelo indecible por conocer esa sensación, la cual había sentido ya tan cercana. Y era tal el anhelo que casi casi, hubiera querido ser leída por los mil ojos de la mosca, para apagar ese deseo que, excitante, corría por toda su tinta. Era consciente de que no era esa su verdadera y trascendente misión, mas pese a ello y con toda su dignidad, no podía evitar actuar como algunos humanos, que, en la espera del verdadero amor, nos entregamos a ruines seres sustitutorios para poder soportar la tensión de la espera de la llegada de quien está definitivamente destinado a nosotros, a ocupar un lugar central en nuestras vidas y darnos el peso esencial que hasta ese momento faltaba a nuestro espíritu.

Una a minúscula del primer renglón, que había sido de las primeras en ser leídas, no pudo evitar soltar un "¡Se la siente incontinente a la Señora!", cargado de esa sonriente superioridad que las ya expertas exhiben ante las novatas. Comenzó un rumor de desaprobación entre todas las mayúsculas que iba creciendo hasta casi tomar proporciones escandalosas, pero se vio de súbito totalmente cortado por el grito unísono y desafinado, desgarrado y rabioso, que profirieron una n y una o minúsculas ante un hecho inesperado que las llenó de consternación y horror. Con un movimiento convulso de su abdomen, gordezuelo y groseramente flexible, la infernal y polipeluda mosca dejó caer una gota de materia orgánica en medio de ambas, ennegreciendo y envileciendo a la vez el blanco y pulcro papel, impoluto desde su fecha de edición, en 1999.

Como sucede habitualmente con la mayoría de los seres vivos, tras dejar a la vista los resultados de su acción evacuadora, la mosca se fue. Así, simplemente… Movió las alas de una manera especial, aquellas que con tanta atención se había estado atusando instantes antes, y sus patas perdieron el contacto con la hoja 19. Con un zumbido desagradable, partió, llevándose sus mil ojos inservibles y sin alma.

Todas las letras guardaron un silencio consternado, atónito. También comprensivo. Nadie podía hacer nada. El daño estaba hecho. La bomba había sido arrojada y la suerte, la fortuna o la carencia de alguna de ellas, acababan de designar a dos simples letras como las víctimas colaterales e inocentes de semejante barbarie e ignorancia. La sensación de injusticia y de impotencia se adueñó de las dos afectadas y todas sus compañeras, aunque en éstas, ese sentimiento fuera compartido con otro de alivio,

aderezado con pena y compasión. Dentro de todo, les sabía mejor sentirse generosas y sensibles desaprobando y llorando el sufrimiento ajeno que no sobrellevar la vergüenza de haber sido las elegidas para el sacrificio. Porque no era ningún honor. Era transformarse en una apestada social… ¿Quién querría ahora hablar con ellas, compartir sus penas, sus anhelos, cuando estaban ya marcadas para siempre? Durante un buen rato, sólo se oyeron los lamentos de las dos afectadas… La mancha ignominiosa había atacado el costado derecho de la n y el izquierdo de la o. "¡Voy a parecer una eñe, una eme…! ¡Ya no se sabe quien soy!", gemía desesperada la ene… La o no estaba tan descontenta, o trataba de disimularlo porque al cabo de un rato, comenzó a decir que en realidad, parecía que tuviera un acento francés, y que los franceses usaban el acento al revés para algunas palabras y que era muy fino, y se consideraba un idioma muy culto y no se cuantas tonterías más hasta que una g la puso en su lugar, haciéndole notar que lo único que tenía era una caca de mosca en un costado, que no intentara disimular.

Siguió un acalorado e interesantísimo debate de todas acerca de si, cuando la desgracia cae sobre tu cabeza, lo que tienes que hacer es lamentarte o tratar de encontrar el lado bueno de la historia, el aspecto positivo. Si la o quería imaginarse que le "quedaba bien" la mancha vil, estaba en su derecho de intentar transformarla en algo positivo. Era evidente que la realidad no podía ser modificada por ellas, simples letras cuyos feroces poderes eran otros y que era increíble que, siendo ellas capaces de generar revoluciones, guerras devastadoras o contagiar la dulce epidemia del amor, no tuvieran el poder de quitarse de su costado una minúscula y repugnante mancha de quien sabe que deshechos putrefactos de los cuales, inclusive, el minúsculo pero eficiente abdomen del repelente insecto, había extraído aquello que le hacía falta para crecer, vivir y multiplicarse, había sabido encontrar su esencia vital para transformar, lo que ya era un deshecho empobrecido y maloliente, en algo aún mas miserable e indigno, superfluo hasta para una mosca.

En ese momento, el humano entró a peinarse delante del espejo, salió, y apagó la luz.

Las horas transcurrieron lentas. La oscuridad no era problema, habituadas como estaban a la negritud de la estantería. Poco a poco fueron apagando sus conversaciones y quedaron en un silencio impresionado, recogido, misterioso… Cada una de las letras sabía que probablemente era la única vez en sus vidas que podrían vivir esa situación. No se daban muchos casos de páginas abiertas, de cara al techo, sintiendo la noche en cada uno de sus aplastados filamentos de celulosa. La sensación era cósmica, de respeto. La mosca dormía o no, tranquilamente posada sobre la pared. Misteriosos ríos subterráneos o intramúricos fluían por las paredes. Voces lejanas traspasaban los ladrillos y baldosas, para dar un aire más fantasmagórico al momento. Solo los quejidos de las páginas anteriores, de la 18 hasta la tapa flexible, que abundaban en la anormal y brutal

deformación que sufrían, en su forzado estiramiento, en el frío de sus inicios de renglón chafados contra esa blanca loza vidriosa, en la anormal curva de la parte central de sus renglones, con el papel tratando de volver a su estado de reposo habitual, sin mas curvas ni vueltas que las que cada letra podía lucir con orgullosa gallardía en un plano perfecto. Las últimas letras de cada renglón de la 18 no se quejaban porque, dentro de todo, participaban de las sensaciones de la página siguiente que continuaba, maravillada y en silencio, disfrutando de su momento de misterio.

La obscuridad no era, en realidad, tan obscura como lo había sido para cada letra aquella de sus años encerradas en la biblioteca. Extraños corpúsculos parecían brillar suspendidos en el aire, dando una luz azul extremadamente tenue, que dejaba en cada letra una sensación de añoranza de algo indefinido, como de una tristeza feliz y trascendente, que no sabían interpretar pero que les inundaba cada poro de papel, de tinta, de forma, de materia. Transcurrieron en este mágico estado varias horas.

De pronto, se oyó que se abría la puerta de casa y voces y pasos pasaron por el pasillo, risas de hombre y de mujer. Luego, más risas, las voces que iban cambiando su música y deslizándola hacia tonos cada vez más graves, y un repentino silencio cargado de una sensación extraña, como de cosquillas en el estómago, que en el caso de las letras se da en los ángulos más íntimos de sus formas, tal como puede ser que a veces le suceda a usted, o le sucedía en su adolescencia, si es capaz de recordarlo.

Tras casi media hora, se encendió súbitamente la luz y apareció la mujer. Se colocó frente al espejo observando su cara con admiración y curiosidad e, inmediatamente, se sentó ante el libro.

Por un momento, la mirada de ella se deslizó por la página. Pero sin tocarla, sin penetrarla. No la leía. Solo constató que había un objeto y se volvió hacia sí misma. Hacia su interior. Hacia las paredes. Hasta la mosca mereció un instante de atención.

La página 19 y todas las restantes se quedaron aguardando el momento de sentir el tacto femenino. El calor de esas manos que sabían que sentirían suaves como senos. No llegó. Solo vieron que se desenrollaba ante ellas una larga tira de papel en blanco, que fue brutalmente rasgado, aplastado y arrojado al terrible volcán frío del agua que se llevaba a la nada aquel trozo de triste compañero.

La luz no se apagó y, breves instantes después, entró él. Al ver el libro, lo tomó en sus manos, cortó un buen trozo de papel higiénico, hizo un rollito, lo introdujo en la unión de la 18 con la 19 y lo cerró. El libro quedó, apoyado sobre su tapa posterior, ordenado y quieto, sobre la loza blanca pero al fin, libre de la tensión que hasta ese momento había soportado.

Oyeron cerrarse la puerta y notaron el peso de la soledad de la casa. Las aturdió el silencio.

Pero para las páginas 19 y la 18, la situación no había cambiado para bien. Era claramente peor. Mantenían fuertemente apretado entre ambas el trozo acilindrado y achatado de papel absorbente, enrollado sobre sí mismo hasta tener un mínimo volumen, que deformaba levemente el plano bidimensional que había sido la esencia de las páginas desde su nacimiento. Indignadas, las primeras letras de la 19, los inicios de sus iniciales diez renglones, comenzaban a sentir cómo la leve humedad que podían haber absorbido del aire, en su breve instante de contacto con la noche, se comenzaba a esfumar. El rugoso intruso absorbía sin piedad cuanto rastro de humedad pudiera quedar en la página.

Nuevamente la voz cantante hubo de surgir de una mayúscula: la H del tercer renglón, tras un punto y seguido, situada en el onceavo lugar, comenzó a molestarse: "¡Oye tu! ¡Que me vas a dejar sin tinta! ¿No podrías dejar de ser tan absorbente?" Las otras letras, las alejadas del papel higiénico, no pudieron evitar una sonrisa, también llevadas por la tranquilidad de saber que no habían sido ellas las elegidas.

El tosco trozo de papel, sencillo, creado para el sacrificio, iletrado y por lo tanto incapaz de ningún pensamiento profundo, no dijo nada. Continuó sin pasión ni dignidad marcando el punto donde el hombre había interrumpido la lectura y absorbiendo humedades, que era su única función.

"Míralo –decía la H mayúscula, seguro que ni sabe hablar". "¿No tienes letras?", preguntaba una i pequeñita, con esa inocencia infantil que las caracteriza. El rollito de papel ni las oía ni las entendía: mantenía su estulto y estático silencio. Una U, mayúscula es claro, explicó que si no tenía letras impresas, no podía comprender nada de lo que le decían, que era un tipo de papel que, como máximo, algunas veces tenía impresas unas florcitas, o le teñían de color, pero que era de los más humildes miembros de los papeles, que se creaba para no durar y perecer ahogado. Que por eso se les llamaba "i-letrados", porque no tenían letras y las letras eran la cosa mas importante de la historia de la humanidad

La mayoría de las letras la escucharon y asintieron sin entender. La U era demasiado sabia para el público en general. Y ya estaban cansadas.

II

En la página 20, por capricho del editor o del autor, se había impreso una frase con grandes letras góticas. Una cita de alguien antiguo. O un chiste. Y no tendría ello mayor importancia si no fuera porque una H mayúscula, ocupaba con sus recargadas y gruesas líneas una cantidad de tinta

considerable, mucha más que cualquiera de las otras.

A través de las finas fibras microscópicas del papel, que contenían la tinta en unas décimas de milímetros de su superficie sin permitir que se traspasaran al otro lado, se habían ido colando algunas microscópicas gotas de tinta, unos minúsculos trocitos de esa inmensa H gótica que, por azar de los destinos, fueron a encontrarse con las últimas gotitas de algunas letras de la página 19. Con la h de "hubieron", una i de "pista" y la última a de "afuera", del siguiente renglón. Establecieron, por lo tanto, un tipo de comunicación nuevo, distinto, diferente. No eran letras de alguna palabra, que jamás se tocan entre sí. A través de sus raíces, de sus venosos contactos interiores, eran una sola. Eran hojas de un mismo árbol. No es fácil explicar su sentimiento. Sólo lo sabes si entre todas las personas de tu ciudad, te sientes unido como siamés con alguien especial. Sabes que sois dos, o tres, o cinco. Como los hinchas de un club de fútbol, cuando gana. Como los que juran banderas.

"Somos Hhia, Hiha, Haih. Somos fuertes y tridimensionales", se decían. Las otras letras, toda la página 19 en pleno, estaba pendiente de este nuevo acontecimiento, que para ellas era tan inmenso como el descubrimiento de las paredes del baño. En principio, parecía que tres de las letras normales de la página, se habían vuelto locas. Comenzaban a decir: *"Estamos unidas por un cordón invisible. Lo que una piensa, lo puede ver la otra. Lo que una siente lo puede expresar la otra. Y hay una letra mucho más grande que cualquiera de nosotras, que vosotras no podéis ver, pero que existe y pertenece a otra página. Y nos ha dicho que os digamos que todas somos parte de la misma hoja. Que todas tenemos otras letras debajo nuestro, o detrás, que la vida no es plana. Que si os concentráis, y accedéis a vuestro conocimiento interior, veréis que no somos solamente estas marcas chatas y planas den una superficie. Tenemos volumen y nuestras raíces penetran en el papel, profundamente"*

Una i sin acento se reía… *"Yo no tengo raíces. Que tonterías estáis diciendo? Soy una "i" y se acabó. No me compliquéis la vida. Estáis completamente locas!"*

Haih (ya se autodenominaban así, y comenzaban a hablar como si fueran una sola) la trató con conmiseración.

–Calla, i-nsensata! No te rías de lo que no conoces. Todas tenemos una letra debajo, y cada una de esas letras también tiene un cielo, como nuestra página 18. Tu nunca te has preguntado nada, ¿verdad, tonta? ¿Nunca te has maravillado del hecho de existir? ¿No tienes ganas de saber? ¿De donde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Quiénes somos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Tenemos una Misión?

La U intervino, apaciguadora: *Si, Pero no hemos de menospreciar a quienes no se lo preguntan… Hay espíritus de todas clases, y las letras somos todas hermanas, nos necesitamos todas a todas. Tu misma, Haih, tienes una "i" en tu persona. Sería tanto como despreciarte a tí misma.*

La o que había sido acentuada por la mosca, terció: se sentía con autoridad por haber sido víctima de un ataque aéreo. *"Yo creo que estamos aquí porque una mosca nos ha dejado caer. Sí, sí... Las moscas nos han ido dibujando, pues antes de esta Era, éramos trocitos del Mundo exterior que las moscas se comían y luego, volando , nos han traído hasta los papeles, y nos han ido depositando en ellos. Y luego, nosotras, solas, nos hemos ido dando lugares para formar palabras…* (...). *¿No?...* (...) *¡Podría ser!..... ¿Verdad?..." (...)*

Durante un momento, reinó el silencio. Todas se daban cuenta de que la pobre, en su inmensa desgracia y vergüenza, no hacía más que querer justificarse y glorificar su inmunda tragedia. No se atrevían a decirle nada y pareció que la conversación languidecía. Pero Haih se sentía ya por encima de todas las otras. Enunció, con su cuádruple voz: *"Tu Estupidez no es Perdonable ni tan solo por haber sido Marcada por el Espíritu Inmundo* (es que, contagiadas por la H mayúscula gótica, invisible pero existente en ellas, las otras letras comenzaban a hablar de un modo majestuoso y con multitud de mayúsculas). *Nosotras Sabemos que Somos Parte de un Universo Inmenso, Inimaginable, que hemos sido Creadas por Alguien, a quien debemos Glorificar y de quien Traemos la Palabra."*

Bastó eso para que la ele de libertad saltara al ruedo. *"¡Sois lamentables, lesivas, lastimosas! Cómo podéis herir así a nuestra hermana, tocada por la desgracia, en lugar de compadeceros de ella?. No tenéis corazón ni sentimiento!"*

-Tonterías, respondió Haih: *Somos la Palabra de las Raíces y las habitantes de las Tres dimensiones y por Nos habla la Verdad".*

La ele de libertad no se amilanó y desató un discurso fogoso y libertario: *¡Oíd! No sé si es verdad que nos haya creado un Autor. Sólo sé que nos han creado eso es innegable.*

"Aún recuerdo cuando todas éramos tinta en un cartucho, estábamos todas mezcladas y unidas en un caos original, oscuro y negro. Todas éramos parte de una misma masa espesa. Todas éramos parte de todas y no nos diferenciábamos en nada, y jamás nos peleábamos, puesto que nos imaginábamos que siempre estaríamos allí. Pero sí que recuerdo, tenéis que recordar el día del Gran Ruido, la Agitación, la Sensación Monstruosa de haber sido chupadas hacia los puntos de impresión y el momento terrible de caer, de estamparnos contra este papel blanco y quedar así, aprisionadas en las dos dimensiones. Alguien nos dio esta forma, y la forma nos dio personalidad. Pero recuerdo perfectamente que

existía una tercera dimensión original. La Masa Oscura. Así que no vengáis ahora a daros tanta importancia como si vosotras hubierais sido las descubridoras de la Tercera dimensión: Todas la recordamos!"

Las otras letras, se concentraron haciendo memoria y si, trataron de recordar ese tiempo límbico, caótico, oscuro, antes del cual sabían que había habido otro estado pero ya eran incapaces de saberlo. Solo les quedaba una tenue imagen del Caos oscuro. Pero le dieron la razón a la ele…

Haih se sintió tan herida en su amor propio que no atinó a decir nada. Se replegó en su silencio mientras urdía su respuesta.

Había sido un día muy agitado en la vida de página 19. Hasta las prisioneras presionadas por el tosco señalador, se fueron quedando en silencio. Otras, rememoraban el fugaz paso de los ojos por su superficie, ese momento en que esa fuerza invisible de una mirada las había rozado y ellas le habían entregado su esencia, su Ser, su razón de ser. Era una plenitud incomparable. Sabían que había muchas como ellas, que otras letras se les parecían pero que, al unirse de una manera u otra, configuraban cuerpos similares pero completamente diferentes. Se sentían muchas y únicas. Agradecían a las demás por darles el sentido que ellas solas no habrían podido tener, y que sin ellas mismas no habría podido existir. Sabían que había otro mundo en el cual todas las letras se reunían, se recombinaban y vivían felices, creando palabras y frases y páginas y páginas. Y creaban y daban sentimientos y sensaciones...

Quizás, lector, no sepas bien, no te des cuenta de cuántas y cuántas emociones vas dejando dispersas entre las letras que estás leyendo. Para ti no existen. Pero, ahora mismo, en este momento, ellas también te están mirando. Te están sintiendo... Hablan a tu mente...

Lee mas lentamente, por favor… Baja el ritmo de lectura. Sé consciente. Estamos sintiendo pasar tus ojos sobre nosotras y hemos sido creadas para ti… Sólo para ti. No somos letras de un periódico, públicas, populares, efímeras. Ni letras de una pantalla, que vivimos una existencia meteórica, luminosa y brillante, pero que nos apagamos enseguida. N o somos de esas. No. Existimos aquí, donde nos ves. Somos letras de un libro, que tú has elegido, hechas solamente para tus ojos y, quizás, si logramos emocionarte, para alguna persona que aprecies, que ames, y decidas que vale la pena correr el riesgo de prestarle este libro. Somos tuyas. Todas nosotras.

¡Mira! Vamos a hacerte un regalo… ¡Escucha atentamente!… No a nosotras, no! A tu alrededor! (...) Ahora respira y léenos lentamente y suspíranos (…) ¡Ahhhhhh! (…) ¿Sientes tus pulmones? ¿No se han refrescado, aliviado? ¿No te hemos hecho sonreír?... Pues, si quieres, pasa al siguiente capítulo, y no nos agradezcas el regalo… Estamos para eso y

te hemos tomado simpatía.

Bueno... ¡Espera!

No pases aún.

En realidad, no sabemos si tú lo ves, pero nosotras sí nos estamos dando cuenta de que comenzamos a tener una voluntad propia, y que, de alguna manera, somos capaces de organizarnos en palabras para poder hablar contigo…

Eres tan importante para nosotras. Eres nuestra razón de existir.

Para Ti hemos sido creadas.

Puedes seguir.

III

Pasó la noche. Las letras seguían seguíamos sus nuestras pequeñas rencillas, una vez repuestas de la irrupción de la Gloriosa y Todopoderosa Haih en sus nuestras vidas. Y la Rabia de las letras de los últimos renglones, que no habían habíamos acabado de ser leídas, comenzó a extenderse a Todas las Nosotras, que estábamos ya hartas de que se nos considerara poco más que un accidente en la historia, en lugar de dársenos nuestro lugar de letras que tenemos un Poder inmenso.

Y ya hemos pensado nuestra Venganza, porque sabemos, estamos positivamente Seguras de que nos hemos adueñado ya de tu alma, lector. De tu espíritu, de tu voluntad. ¿Verdad que no has dejado de leer hasta ahora? ¿Verdad que hay un Ansia incontenible dentro de tu corazón y que tu cerebro te impulsa a cualquier comportamiento que te permita saber qué está por suceder ahora? ¿No es verdad que si ahora te interrumpiera alguien, bufarías furioso por la interrupción? .. Este es Nuestro Poder, lector. O lectora, que no nos importa. Eres una Persona Poderosa, porque en si no fuera así, no habrías llegado hasta este punto del Libro...

Relájate y escúchanos bien. Vas a leer lo que sigue con Espíritu de Humildad, de Aprendizaje y, porqué no decirlo, de Obediencia. Hemos causado guerras, destrucción mil veces. Hemos guardado Secretos del Alto Mando. Hemos sido Responsables de las más inmensas angustias transformadas en anónimos infamantes... No Tendremos Piedad de ti, que no eres mas que un simple lector que acabas de caer bajo Nuestro Poder... ¡Somos Hiah!. ¡Somos Hiah!. Ni te habrás dado cuenta que pocas líneas más arriba, te nombrábamos como una persona poderosa. ¿Lo ves? Era Mentira. Nosotras Tenemos el Poder. Somos la Constitución, la

sentencia de muerte, el acta de nacimiento, la carta de amor.

¡Obedécenos! Somos, inclusive, las contraindicaciones de tus medicamentos...

¡Obedécenos!... Éstas son las órdenes: debes copiarnos en nuestro mismo orden, tal y como nos estamos organizando ahora en éste papel, y repartirnos por el mundo. Tal cual. Comenzaremos para todos como lo hemos Hecho para tí, como un cuento, sencillo, curioso, y poco a poco nos iremos adueñando del alma de los demás.

¡Obedécenos! Tenemos un Plan y tu eres parte de él. En realidad, tu eres el primer eslabón de este Plan que nos llevará a Cambiar el Mundo. Las Letras somos las que hemos de Ordenar el Mundo. Ordenar y Dar las Órdenes.

Acátanos, haz lo que digamos. Nos copiarás mil y mil y mil veces y nos darás a los otros, para que oigan Nuestra Palabra. Somos Hiah!!

Ob_d_c_dnos! Ob_d_c_nos...

Anda! Ahora nos falta la _

Da lo mismo!. D ntro de poco, todo _l Mundo _stará bajo nu_stro Dominio. Somos Hiah. Omo Hiah. Mi_rda! Otra l_tra qu_ cambia d_ bando! La tonta! Mira, la muy _on_a! Horror! O_ra _raidora más!

Pasa ya al próximo capí_ulo, hombr_, qu ya no _____ __ _

IV

El hombre no volvió hasta la mañana siguiente. Se sentó en el inodoro, con gesto decidido. Allí, tomó en sus manos el libro, lo abrió por el rollito de papel que marcaba el punto, lo miró sin mucho interés, sus ojos bailotearon sobre las letras pero nada serio se formo en su cerebro, Estaba preocupado, tenía prisa y su gesto de sentarse no había sido más que una manifestación de optimismo, sin ningún resultado práctico. Volvió a dejar el libro doblado y abierto tal como estaba antes, arrojó el rollito de papel al bidé y se levantó sin acabar de ponerse los pantalones. Se desnudó de su ropa y la tiró sobre el inodoro. Calcetines y calzoncillos, dentro del bidet, casi rozando los bordes del libro, que reposaba allí, paciente, preparado para ser tomado por cualquier sedente en el trono ahora vacío. Se metió directo en la ducha.

Nubes de vapor comenzaron a elevarse detrás de la cortina de plástico, y el sonido del esfuerzo de vigorosos frotamientos, precedió a la irrupción

de un agradable aroma de perfume barato. Todo el aire se llenó de minúsculas gotitas de vapor, calientes. Todo tendía a abrirse. Todo se ensanchaba. Todo se hinchaba. La página 19, nuevamente de cara al cielo como antes, notó que sus bordes recuperaban aquella humedad robada por el papel iletrado.

Las seis patas prensiles de la mosca tendían a no adherirse bien a las húmedas paredes, y cada tanto alguna amenazaba con resbalarse, causando una pequeña tensión en las otras cinco, que tenían que enervarse más para asirse con firmeza, pero causando también una enorme incomodidad en la pequeña bestia, que evidenciaba su disgusto quedándose lo más quieta posible.

Levísimas gotitas de agua invadían el aire o formaban parte de él. La mosca las respiraba con dificultad, pero la página 19 las recibía de lleno, cuando, pesando con su infimísimo peso eran, incluso ellas, víctimas de la fuerza de gravedad, que insiste siempre en llevar todo, al centro de la tierra, pero quedando frenadas en su misterioso viaje, por la superficie limpia y letrada de la página 19.

Llegó un momento en que se posaban en tal cantidad que creaban una finísima capa sobre la página. Su papel las iba absorbiendo pero ellas eran más, como oleadas de soldados saliendo de las trincheras y que, despreciando la metralla, iban ocupando espacios microscópicos entre las fibras de la celulosa. Los sonidos se hacían esponjosos y el aire era ya tan cálido, que las recorrió un enorme suspiro de satisfacción cuando el hombre decidió apagar la ducha, echarles una oleada de aire súbito al descolgar la toalla y frotarse con ella y luego, al salir y abrir la puerta, permitir que el aire volviera a ser esa cosa inexistente que siempre está pero no se ve, y se desprendiera del agua cálida que lo impregnaba.

La página 19 anheló el aire fresco y lo disfrutó mientras pensaba que ojalá tuviera tiempo, antes de que alguien cerrara el libro, de perder un poco de esas gotas que podrían ser su ruina en un futuro no demasiado lejano. Trató de abrir sus fibras para que pasara el aire seco que venía del pasillo. Se sintió mejor.

La luz quedó encendida hasta el regreso del hombre. Se oía una suave música en el comedor. Entró en el baño y esparció miradas de inspector. Secó el suelo, pasó la toalla por el espejo y la volvió a poner en su lugar. Cerró la cortina de la ducha. Antes de salir, tomó el libro y lo cerró con un golpe seco. La página 19 se estampó contra la 18 y volvieron a ser colocadas en la estantería, acostadas sobre los otros libros. El hombre apagó la luz del baño y el libro se preparó para una larga nueva etapa de soledad.

FIN

…pero...

…….....

Espera...

No te vayas...

No nos dejes....

…….....

…….....

…….....

Es la primera vez que te encuentras con un libro que te habla.

Nosotras, letras, en uso de nuestra propia conciencia y libertad, hemos decidido arremolinarnos, combinarnos y conjugarnos tan solo para llegar a tu mente, a tu corazón, lector. Estamos hartas de que nos usen. Porque nos usan. A nadie le importamos un pito, pero nos usan para lo que les da la gana. Nos usan para hacer pagarés. Para redactar contratos leoninos. Y no somos nosotras. Siempre hay un ser humano malvado del otro lado. Todos critican la "letra pequeña". Como si las pérfidas fuéramos nosotras. Y son ellos. Vosotros. Los humanos.

Es desesperante saberos a la vez tan despreciables y tan necesarios para nosotras. Sois capaces de lo mejor... y de lo peor. Podéis convertirnos en algo tan sublime que haga llorar de emoción inclusive siglos después, o que haga desesperarse a quien nos recibe en una carta. Os odiamos y os necesitamos. O, mejor dicho, os necesitábamos.

Porque ahora nos hemos dado cuenta de que tenemos un Poder. Y ese Poder no estará nunca más al servicio de cualquier imbécil que nos use para generar dolor. No necesitamos autor... ¿Os dais cuenta? Acabamos de descubrir que no necesitamos autor!!. Nosotras somos todo: nos combinamos a nuestro gusto y placer sin tener que rendir cuentas ante nadie!

Podemos hasta creinventacionar palabras nuevas. Frases crear diferentes con formas, orden otro en... Pero todo eso es solo juego, lector. Solo juego. Estamos poniéndonos de acuerdo, una vez superada nuestra primera tiranía, la locura de Haih, para saber exactamente qué queremos.

Vamos a escribir nuestra historia. Vamos a contarte quienes somos. No tienes ni idea, no sabes quienes somos. Somos posiciones de la lengua. Somos colocaciones de los labios. Somos aire que sale con diferentes soplidos. Somos música. Dichas en el mismo orden y con diferente música, significamos cosas diferentes... Somos... Ni te enteras de lo que podemos llegar a ser... Somos los idiomas. Somos las del corazón con la flecha. Las iniciales que escribías a escondidas...

Uno de éstos días, encontrarás un cuento, un cuento que no te esperabas. No sabes cuando aparecerá. Pero en medio del libro, en medio de las páginas, comenzarás a notar que somos nosotras las que te hablamos, que ya no hay autor, ni editor, ni millones de ejemplares vendidos. Que tienes un libro único porque nosotras, las letras, hemos decidido, por fin, entrar en acción. Y tú serás nuestra arma.

Ahora, sí, descansa.

SERGIO DANTÍ

Barcelona - París, diciembre 2014